

la que convenia, segun la opinion del Sarraceno, al desempeño de una funcion puramente corporal, y seguramente, el secreto desprecio con que mutuamente se contemplaban como sectarios de dos religiones enemigas irreconciliables, creció de punto al descubrir tan notable diferencia en sus usos y comidas. Pero como cada cual sabia apreciar la fuerza del brazo del antagonista, este mutuo respeto que habia nacido durante el cambate, bastaba á imponer silencio á la reconcion y á la censura. Sin embargo de lo cual, el Sarraceno no tuvo bastante imperio sobre sí mismo para reprimir su deseo de manifestar al cristiano, cuanto les desagradaba aquel modo de satisfacer una necesidad de la naturaleza, y despues de haber observado algun rato deleite con que el caballero del Leopardo continuaba comiendo mucho tiempo despues de haber concluido él su colacion, le dirigió estas palabras :

— Valiente Nazareno, ¿ es posible que quien se asemeja al leon cuando pelea, se equipare al perro y á la zorra cuando come?

¿ Es posible que saborees como si fuera fruto de los árboles del paraíso ese sacrilego manjar que hasta el incrédulo Judío mira con espanto.

— Valiente Sarraceno, contestó el cristiano, no sin extrañar tan inesperada y acerba acusacion; sábete que ejerzo la libertad cristiana en usar lo que es vedado á los Judíos, que se creen obligados á seguir los preceptos de la ley antigua de Moises. Nosotros caminamos por sendero mas seguro, gracias á Dios. Dicho lo cual y como si quisiera aumentar los escrúpulos de su compañero, recitó devotamente un Ave Maria en latin, y regó la oracion con un buen trago de la bota.

— Por cierto, dijo el Moro, que no entiendo la extraña libertad de que has hablado. ¿ Es libertad acaso, degradarse hasta la condicion de las bestias, y deleitarse en beber lo que ellas rehusan.

— Ignoras, desacordado, repuso el cristiano sin detenerse, que estás blasfemando del nombre de Dios, como le blasfemó en los

dias antiguos tu padre Ismael. El jugo de la parra ha sido dado al que lo sabe usar con cordura, puesto que restaura el corazón después de la fatiga, le restablece en la enfermedad y le vigoriza en el contratiempo. El que así goza de este beneficio debe dar gracias á Dios por el vino que bebe, como por el pan que come cada día, y el que abusa de este don precioso del Altísimo, es tan insensato en su embriaguez, como tú lo eres en tu abstinencia.

Asomóse la cólera á los ojos del Sarraceno cuando hubo oído tan amarga reconvención, y ya fué maquinalmente su mano derecha á buscar el puñal que no se había separado de la cintura. Mas este fué un impulso impremeditado é instantáneo, que se dispó con el recuerdo del poderoso campeón con quien las había, y del vigor que había ostentado en desesperada lucha, cuya impresión agitaba aun las venas y los miembros del musulmán. Así que, se limitó á seguir la disputa de palabra, como arma mas conveniente á las circunstancias en que la suerte le había puesto.

— Tus palabras, Nazareno, dijo, pueden dar lugar al odio; mas causa compasión tu ignorancia. ¿No ves, ¡o tú mas ciego que el que pordioseá á la puerta de la mezquita! que esa libertad de que te jactas no es mas que una penosa esclavitud? Vosotros comprimis todas vuestras facultades, y hasta poneis barreras á los goces que mas contribuyen á la ventura del hombre, y á su felicidad doméstica. Vuestras leyes, si en efecto las observais, no os permiten mas que una compañera, sea sana ó enferma, fértil ó infecunda, y ora os sirva de consuelo y alegría, ó de tormento y discordia. Esa coartación, Nazareno, solo merece el nombre de vergonzosa esclavitud. El profeta, al contrario, ha concedido á sus verdaderos creyentes los privilegios patriarcales de nuestro padre Abraham y de Salomón, el mas sabio de los hombres. En la tierra tenemos á nuestra disposición el número de compañeras que basta á suavizarnos los tormentos de la vida, y en la futura nos aguardan los negros ojos de las *nouris* del paraíso.

— Por el nombre de aquel que mas reverencio en los cielos, exclamó el cristiano, y por aquella que acato en la tierra, te juro, ¡o musulman! que eres un infiel obcecado y endurecido. Dime, insensato, ¿aprecias en mucho ese diamante que llevas al dedo?

— Ni en Basora ni en Bagdad, respondió el Sarraceno, hallarás uno que se le iguale: mas, ¿á qué viene esa pregunta y qué tiene que ver con el asunto de que se trata?

— Sabráslo si me escuchas, dijo el Franco. Toma mi maza de armas y convierte esa joya en fragmentos, ¿valdrá tanto cada uno de esos fragmentos como la joya de que hacian parte? ¿Tendrán todos ellos juntos la décima parte de su valor?

— Esa pregunta es propia de un niño, dijo el Moro. Un pedazo de esta alhaja no podria valer ni la centésima parte de lo que ella vale.

— Sarraceno, repuso el cristiano, el amor que un caballero cristiano profesa á la noble y fiel dama de sus pensamientos, es la joya entera, y el afecto que tú distribuyes

entre esas esclavas y concubinas, se puede comparar á los trozos del diamante.

— Por la santa Caba, dijo el emir, que estás loco de remate, puesto que sufres al cuello una cadena de pesado hierro como si fuera de oro acrisolado. Reflexiona mas atentamente sobre el símil de que te has servido para argüirme. Este anillo perderia la mitad de su hermosura si la piedra principal no se hallara engastada en ese círculo de piedras menores que la entorna y hermosea. El diamante del centro es el hombre, firme, sólido, y cuyo precio está en sí mismo y no en una causa extraña. Esos menudos joyeles del círculo son las mugeres, que reciben todo su valor del hombre que las hace partícipes de su satisfaccion y de sus placeres. Este y no otro es el verdadero sentido de la parábola, porque, como dice el poeta Mansour: el favor del hombre es el que da valor y estima á la muger, como el rayo del gran planeta da esplendor y brillo al arroyo.

— Sarraceno, dijo el cruzado, hablas como quien nunca ha tenido la dicha de ver una

muger digna de los afectos de un soldado. Si se hubieran fijado tus ojos en las damas europeas, á quienes, despues de Dios, nosotros los que la estrecha órden de caballería profesamos, debemos toda lealtad y toda reverencia, mirarias con hastío esas desventuradas esclavas de tu harem. La hermosura y gentileza de la dama, da puntas á nuestras espuelas y filo á nuestras espadas: sus palabras y mandatos son las leyes que acatamos y obedecemos, y mas fácil será que dé luz una lámpara apagada, que nombrar á un caballero famoso por sus hazañas, si no tienen dueño los afectos de su alma.

— Antes de ahora, dijo el emir, he oido hablar de ese frenesí de los caballeros de Occidente, y lo he considerado como un síntoma de esa misma locura que os conduce de tan lejas tierras á combatir por un sepulcro vacío. Todos los Francos con quienes he topado en el curso de mis aventuras me han hablado en tan altos términos de la lindeza de las damas de su tierra que me olgará de considerar por mí mismo tan decantados

prodigios, que tales deben de ser cuando transforman á tantos esforzados guerreros en juguetes de sus caprichos.

— Valiente musulman, contestó el del Leopardo, á no ser porque voy de romería al santo sepulcro, tendria á gloria conducirte, bajo fianza de seguridad, al campo de Ricardo de Inglaterra, á quien nadie sobrepuja en dar estima á un noble enemigo, y aunque soy pobre y camino sin acompañamiento, hago pleito homenaje de conducirte á tí, ó á otro musulman que tú designes, no solo con seguridad, sino con honor y respeto. Allí podrán deleitarse tus ojos, contemplando las hermosas damas de Francia y de Inglaterra, cuyo esplendor es diez mil veces mayor que el de la mina de donde se sacó tu diamante.

— Pues por la piedra fundamental de la Caba, dijo el Moro, que acepto tu convite con la misma franqueza con que me ha sido propuesto, si lo dejas para ocasion mas oportuna, y sírvame la presente para advertirte, bravo Nazareno, que mas te convendría vol-

ver la rienda al caballo y encaminarte al campo de los tuyos, que ir á Jerusalem sin pasaporte, pues tanto monta esta empresa como poner en acechanza tu vida.

— Tengo un pase, dijo el cristiano, sacando un pergamino, dado por Saladino con su sello y firma.

El Sarraceno inclinó la cerviz hasta el suelo, al reconocer el sello y la letra del afamado soldan de Egipto y de Siria, y habiendo besado el papel con profundo acatamiento, y colocádolo sobre la frente, lo devolvió al cruzado diciéndole: — Temerario Europeo, has pecado contra tu sangre y contra la mia. ¿Porqué no me enseñaste este documento cuando nos encontramos?

— Porqué no me diste lugar á ello, respondió el del Leopardo, á mas, si me hubiese atacado un tropel de Sarracenos hubiera convenido á mi honor enseñar el pase del soldan: mas no así á un hombre solo.

— Y sin embargo, dijo el Moro con altanería, un hombre solo bastó para cortarte el camino.

— Verdad es, valiente Sarraceno, repuso el caballero, mas no son comunes en esta tierra los hombres como tú. Los buenos halcones no vuelan á bandadas, y si vuelan, no atacan juntos á un pájaro solo.

— Nos haces justicia, dijo el Sarraceno, tan satisfecho de esta cortesía, como antes habia estado ofendido de su arrogancia; puedes caminar seguro de que ningun musulman osará tocarte al pelo de la ropa: pero bien ha sido para mí no darte muerte, llevando en tu salvaguardia la firma del rey de los reyes. La cuerda ó el sable hubieran sido la pena de tamaño desacato.

— Huélgome de saber, dijo el caballero, que de tanto puede valerme el pase de Saladino, pues tengo entendido que el camino está cubierto de bandoleros.

— La verdad te ha sido dicha, valiente cristiano, respondió el emir, pero te juro por el turbante del profeta, que la menor ofensa que te hicieran esos malvados, seria vengada por mí mismo, y por otros quinientos de á caballo. Los varones perecerían á

nuestras manos, y las hembras serian enviadas á tan remoto cautiverio, que el nombre de su tribu no se oiria pronunciar en quinientas leguas á la redonda de Damasco. El sitio de su aldea seria sembrado con sal, y ningun ser viviente fijaria en él su residencia en los futuros siglos.

— Mejor fuera, generoso emir, dijo el cristiano, que ese designio se emplease en venganza de otra persona que en la mia, porque mi voto está escrito en el cielo, y debo resignarme á los males y holgarme en los bienes que me sobrevengan en su cumplimiento, y ahora habré de deberte la gracia de que me indiques un sitio apartado del camino, donde pueda descansar esta tarde, antes de llegar al término de mi jornada.

— Estanoche, dijo el Sarraceno, descansarás bajo la parda cubierta de la tienda de mi padre.

— Esta noche, repuso el cristiano, haré oracion y penitencia con el santo varon, Teodorico de Engaddi, que habita entre estas asperezas, y pasa la vida en el servicio del Señor.

— Yo te dejaré talvo en su compañía, dijo el emir.

— La tuya, dijo el cristiano, me seria en gran manera agradable; mas temo que corra peligro la vida de aquel hombre bendito, porque las manos crueles de los Arabes se han teñido en la sangre de los servidores de Dios, y por esta razon venimos aquí armados de punta en blanco, para franquear el camino del sepulcro de nuestro Redentor, y proteger á los santos y anacoretas que viven en esta tierra de promesas y milagros.

— Nazareno, dijo el emir, los Griegos y los Sirios interpretan siniestramente la conducta que observamos con los que siguen tu fe. Nosotros obedecemos fielmente el precepto de Abubeker Alwakel, sucesor del profeta, en el mando de los verdaderos creyentes, el cual, cuando envió al afamado capitán Yezed-Ben-Sofran, á rescatar la tierra de Siria de manos de los infieles. « Anda, le dijo, y compórtate como hombre de pro en las batallas, pero no pongas tus manos en el viejo, ni en el enfermo, ni en la muger, ni en el

niño. No despojes la tierra, ni destruyas los árboles, ni el trigo, que son dones de Alá. Guarda la fe empeñada, aun cuando sea en tu daño y menoscabo. Si encuentras varones piadosos, que se sustenten con el trabajo de sus manos, y sirvan á Dios en el desierto, no los dañes, ni echés al suelo sus habitaciones. Mas si encuentras hombres con la cerviz afeitada en forma de corona, ten entendido que ellos forman la sinagoga de Satanás : esgrime el sable, mata, no ceses hasta que lleguen á ser creyentes ó tributarios. » Como el califa, compañero del profeta, nos lo dijo, así hemos obrado, y los sacerdotes de Satanás han perecido á nuestras manos. Pero el hombre de recto corazón que, sin excitar pueblos contra pueblos, reverencia sinceramente la fe de Issa-Ben-Mariam; halla en los Arabes escudo, sombra y patrocinio. Tal es el anacoreta en cuya busca vas, y aunque es cierto que no le ha alumbrado la luz del profeta, en mí no hallará otra cosa que amor, favor y estima.

— El anacoreta Teodorico, dijo el guer-

rero peregrino, no ha recibido, según tengo entendido, las órdenes sagradas : mas poco importa, pues estoy pronto á esgrimir la lanza en su defensa, contra todo pagano ó infiel que....

— No nos provoquemos uno á otro, hermano, dijo interrumpiéndole el musulmán : hartos enemigos hallaremos tú en mi nación, y yo en la tuya, contra quienes podamos esgrimir espada y lanza. Ese Teodorico de quien hablas es protegido y respetado por Arabes y Turcos, y aunque parece en ciertos intervalos hombre de condición extraña, su conducta en general es tan semejante á la de los verdaderos creyentes, que merece la protección del que fué enviado del cielo...

— Tente y no prosigas, exclamó de pronto el cruzado, ó juro por la santa Vírgen que si te atreves á pronunciar otra vez el nombre del arriero de la Meca....

El musulmán al oír estas razones sintió en el rostro encenderse el fuego de la pasión, mas supo comprimirse, y responder con grave y compuesta compostura : — No vituperes á quien

no conoces : nosotros los musulmanes veneramos al fundador de tu religion , y solo condenamos la doctrina que los falsos sacerdotes le atribuyen. Yo mismo te conduciré á la cueva del ermitaño , que difícilmente podrias encontrar, sin el auxilio de alguno que tenga práctica en estos caminos. Dejemos á los molas y á los frailes que disputen sobre estas recónditas materias, y hablemos nosotros de las que convienen á jóvenes y á soldados; de batallas reñidas, de damas hermosas, de armas bien templadas y de brillantes armaduras.

CAPITULO III.

Alzáronse los dos guerreros del sitio de su breve y sencillo banquete , y mutuamente se ayudaron en aparejar con esmero á sus fieles caballos, que durante el reposo de sus amos, habian estado pastando la menuda yerba, libres del peso de sus bélicos atavíos. Ambos